

Prólogo

Hace tres años

Las piernas de Hasad Arvadi no se mostraron dispuestas a cooperar. Intentó apoyarse en la pared para pasar incorporado sus últimos instantes, pero sin las piernas fue una labor imposible. El suelo de piedra era demasiado resbaladizo, y había perdido fuerza en los brazos. Recostó la nuca en el suelo. Respiraba con dificultad. Permaneció tumbado de espaldas mientras la vida se le escapaba.

Iba a morir. Nada cambiaría ese hecho. Aquella estancia, negra como la pez, que había permanecido oculta al mundo desde hacía miles de años, se convertiría en su tumba.

Había dejado de temer a su destino. En lugar de ello, Arvadi lloraba de frustración. Había estado tan cerca de alcanzar su objetivo, de contemplar el arca de Noé con sus propios ojos... Tres balas lo habían separado de su sueño. Los proyectiles que se alojaron en sus rótulas lo privaron de movimiento. El último, que encajó en el estómago, bastó para garantizar que no viviría más de cinco minutos. Aunque las heridas eran muy dolorosas, no lo eran tanto como perder la oportunidad de llegar al arca, que estaba al alcance de su mano.

No pudo soportar la terrible ironía de la situación. Por fin tenía pruebas de la existencia del arca. No sólo de su existencia pasada, sino de que seguía existiendo. Ahí estaba, a la espera de ser descubierta en el mismo lugar donde había permanecido oculta durante seis mil años. Había desenterrado la última pieza del rompecabezas, una pieza que le había sido revelada por un antiguo texto escrito antes del nacimiento de Jesucristo.

«Nos hemos equivocado todo este tiempo», pensó tras leerlo. «Llevamos miles de años equivocados. Y todo porque ése fue el objetivo de quienes ocultaron el arca.»

Aquel descubrimiento supuso tal triunfo que Arvadi no reparó en el cañón de la pistola que apuntaba a sus piernas hasta que fue demasiado tarde. Todo sucedió muy rápido. El restallido de los disparos. Los gritos que le exigieron información. Sus propios ruegos patéticos. Las voces que se perdieron en la distancia, y la luz, que se desvaneció mientras sus asesinos se alejaron cumplida la misión. Luego, la oscuridad.

Allí tendido, esperando su propia muerte, pensando en la oportunidad que le había sido arrebatada, Arvadi se puso furioso. No podía permitir que se salieran con la suya. Con el tiempo hallarían su cadáver. Tenía que dejar constancia de lo sucedido, de que la ubicación del arca no era el único secreto que encerraba aquella sala.

Arvadi se secó la mano ensangrentada en la ropa y sacó una libreta del bolsillo de la chaqueta. Le temblaban las manos con tal fuerza que la libreta se le cayó dos veces. Con un esfuerzo tremendo, la abrió en lo que esperó sería una página en blanco. La oscuridad era tal que tuvo que hacerlo todo guiándose por el tacto. Extrajo la pluma de otro bolsillo y, con el pulgar, le quitó el capuchón de plástico, que al caer al empedrado quebró el silencio reinante.

Con la libreta apoyada en el pecho, Arvadi se puso a escribir.

Redactó la primera línea con soltura, pero poco a poco las heridas empezaron a aturdirlo. No disponía de mucho tiempo. La segunda línea era mucho más compleja. La pluma cobró un peso inusitado a medida que escribía, tanto que parecía hecha de plomo. Para cuando llegó a la tercera línea, fue incapaz de recordar lo que había escrito. Garabateó otras dos palabras en el papel, y entonces la pluma se le resbaló entre los dedos. Sus brazos dejaron de moverse.

Las lágrimas le resbalaron por las sienes. Tres terribles pensa-

mientos le vinieron a mientes a Arvadi mientras exhalaba el último suspiro.

Nunca volvería a ver a su amada hija.

Sus asesinos campaban a sus anchas por el mundo, armados con una reliquia de un poder inimaginable.

Y él moriría sin haber contemplado el mayor descubrimiento arqueológico en la historia de la humanidad.

HAYDEN

1

En la actualidad

Dilara Kenner serpenteó a través de la terminal internacional del aeropuerto de Los Ángeles con una ajada mochila a cuestas como único equipaje. Era la tarde de un jueves, y los viajeros atestaban el espacioso vestíbulo. Su vuelo procedente de Perú había aterrizado a la una y media, pero había necesitado cuarenta y cinco minutos para pasar la aduana y el control de inmigración. La espera se le antojó diez veces más larga. Estaba impaciente por reunirse con Sam Watson, quien le había insistido en que adelantase dos días su regreso a los Estados Unidos.

Sam era un viejo amigo de su padre que con el tiempo se había convertido en una especie de tío suyo. A Dilara le sorprendió recibir su llamada. Se habían mantenido en contacto en los años que siguieron a la desaparición de su padre, pero en los últimos seis meses tan sólo había hablado con él en una ocasión. La localizó en el teléfono móvil cuando supervisaba en Perú las excavaciones de unas ruinas incas en la cordillera de los Andes. Sam le pareció desconcertado, asustado incluso, pero por mucho que Dilara le insistió no quiso soltar prenda. Repitió que tenía que verla personalmente tan pronto como fuera posible. La urgencia de su ruego la convenció finalmente de que debía dejar la excavación en manos de un subordinado, y regresar antes de haber terminado el trabajo.

Sam también le hizo una petición que Dilara consideró intrigante. Tuvo que prometerle que no revelaría a nadie el motivo de su viaje.

Tantas ganas tenía de verla que se había ofrecido a recogerla en el aeropuerto. Acordaron reunirse en la zona de los restaurantes de la segunda planta de la terminal. Subió por la escalera mecánica tras un turista obeso que vestía camisa hawaiana y parecía quemado por el sol. Tiraba de una maleta con ruedas y le bloqueaba el paso. El hombre, situado de lado en la escalera, junto a la maleta, aprovechó para mirarla lentamente de arriba abajo.

Dilara aún vestía el pantalón corto y la camiseta de tirantes que llevaba puesta en la excavación. De pronto fue consciente de la mirada de aquel hombre. El pelo negro que le caía sobre los hombros, el intenso bronceado adquirido a fuerza de trabajar al sol y una complexión atlética bastaban para que hombres mucho menos discretos que aquel gusano le mirasen las largas piernas.

Dedicó una mirada disuasoria al tipo quemado, pidió disculpas y se abrió paso en la escalera, apartando la maleta. Cuando llegó a la segunda planta, repasó con la vista la zona destinada a los restaurantes hasta que reparó en la presencia de Sam, sentado a una mesita junto a la barandilla de la terraza.

La última vez que se habían visto él tenía setenta y un años. Al cabo de un año, parecía estar más cerca de los ochenta y dos que de los setenta y dos. Aún le quedaba algún que otro mechón de pelo blanco, pero las arrugas del rostro parecían más pronunciadas y el tono pálido de su piel le confería el aspecto de quien lleva días sin pegar ojo.

Cuando Sam vio a Dilara, se levantó y le hizo señas mientras una sonrisa le cruzaba fugazmente el rostro, que rejuveneció diez años. Ella respondió a la sonrisa y se dirigió hacia él. Sam la abrazó con fuerza.

—No sabes cuánto me alegra verte —dijo él cuando se separaron—. Sigues siendo la mujer más hermosa que he visto en la vida, exceptuando, tal vez, a tu madre.

Dilara se llevó los dedos al guardapelo que le colgaba del cuello. Su padre siempre lo llevaba puesto, pues en su interior había una foto de su madre. Por un instante se le agrió la sonrisa y su

mirada vagó, extraviada en el recuerdo de sus padres. Recuperó el ánimo y volcó su atención en Sam.

—Tendrías que verme cubierta de tierra y hundida hasta las rodillas en barro —dijo Dilara, que pronunció las palabras con su acento carente de inflexiones y la cadencia propia del Medio Oeste—. Seguramente cambiarías de opinión.

—Por muy cubierta de polvo que esté, una joya no deja de ser una joya. ¿Cómo marcha el mundo de la arqueología?

Tomaron asiento. Sam había pedido un café. También había tenido la previsión de pedirle uno a Dilara, quien dio un sorbo antes de responder.

—Tan ajetreado como de costumbre. Dentro de poco viajo a México. Han hallado unos restos que apuntan a la presencia de interesantes enfermedades que precederían a la colonización europea.

—Suenan fascinante. ¿Aztecas?

Dilara no respondió. Su especialidad era la bioarqueología, el estudio de los restos biológicos de civilizaciones antiguas. Sam era bioquímico, de modo que no tenía que fingir su interés por el campo en el que trabajaba ella. Sin embargo, no era ésa la razón de que preguntara. No sabía cómo abordar la cuestión.

Ella se inclinó hacia él, le tomó la mano y la apretó para darle fuerzas.

—Vamos, Sam. ¿A qué viene ahora esta charla inane? No me pediste que acortase mi estancia en Perú para hablar sobre arqueología, ¿verdad?

Él miró inquieto a la gente que los rodeaba, repasando con la vista una tras otra a todas las personas, como quien comprueba si alguien le dedica más atención de la cuenta.

Ella siguió el recorrido de su mirada. Una familia japonesa sonreía entre bocado y bocado de hamburguesa. A su derecha, una solitaria ejecutiva tecleaba ante la ensalada en la tableta digital. A pesar de ser primeros de octubre y haber quedado las vacaciones muy atrás, un grupo de adolescentes vestidos con una camiseta idéntica

que rezaba «Adolescentes con Jesús» se sentaba a la mesa situada tras ella, escribiendo mensajes en los teléfonos móviles.

—De hecho, precisamente quería hablarte de arqueología —aseguró Sam.

—¿De veras? Cuando me llamaste, pensé que nunca te había oído tan alterado.

—Se debe a que tengo algo muy importante que contarte.

Entonces cobró sentido su deterioro físico. Cáncer, la misma enfermedad que veinte años atrás se llevó a su madre. La emoción se le agolpó en la garganta.

—¡Dios mío! ¿No te estarás muriendo?

—No, no, cariño. No debí haberte preocupado de esa manera. Aparte de una leve bursitis, la verdad es que nunca me había sentido tan sano.

Dilara exhaló un suspiro de alivio.

—No —continuó Sam—. Te he llamado porque eres la única persona en quien confío. Necesito tu consejo.

La ejecutiva tomó la bandeja con la ensalada y se levantó para marcharse, pero el bolso se le cayó al suelo desde el regazo, lo que la hizo tropezar y caer sobre Sam, que la ayudó a incorporarse.

—Disculpe —dijo la mujer con leve acento eslavo mientras recuperaba el bolso—. Qué torpe soy.

—Ah, no se preocupe. Me alegro de que los daños no sean mayores —repuso Sam.

Ella arrugó el entrecejo al mirarlo.

—Ay, créame que lo siento, pero veo que lo he manchado de salsa. Deje que se lo limpie. —Sacó un pañuelo del bolsillo y le limpió el antebrazo—. Al menos no llevaba usted puesta la americana.

—No pasa nada.

—En fin, discúlpeme. —Sonrió a Sam y a Dilara, y se encaminó a la papelería.

—Tan galante como de costumbre, Sam —comentó Dilara—. Bueno, ¿en qué necesitas que te aconseje?

Él miró de nuevo a su alrededor antes de responder. Flexionó los dedos como si combatiera un calambre. Volvió a mirar a Dilara. Había preocupación en su mirada. Titubeó antes de pronunciar atropelladamente las siguientes palabras:

—Hace tres días hice un asombroso descubrimiento en el trabajo. Tiene que ver con Hasad.

A Dilara le dio un vuelco el corazón ante la mención de su padre, Hasad Arvadi. Hundió las yemas de los dedos en los muslos para controlar el embate de la ansiedad. Llevaba tres años desaparecido, tres años durante los cuales ella había dedicado todo su tiempo libre a la infructuosa labor de descubrir qué había sido de él. Que ella supiera, nunca había visitado la compañía farmacéutica donde trabajaba Sam.

—¿De qué se trata, Sam? ¿Has encontrado algo en tu trabajo que esté relacionado con la desaparición de mi padre?

—Estuve un día entero pensando en si debía contártelo. En si debía involucrarte en esto, quiero decir. Quise acudir a la policía, pero aún no tengo pruebas. Quizá no me crean y luego sea demasiado tarde. Pero sabía que tú sí me creerías, y necesitaba que me aconsejaras. Todo empezará el próximo viernes.

—¿Dentro de ocho días?

Sam asintió y se acarició la frente.

—¿Te duele la cabeza? —preguntó la joven—. ¿Quieres una aspirina?

—No tiene importancia, Dilara, lo que planean acabará con la vida de millones de personas, miles de millones, tal vez.

—¿Miles de millones? —repitió ella, incrédula, sonriendo. Sam le estaba tomando el pelo—. Estás de broma.

Él hizo un solemne gesto negativo con la cabeza.

—Ya querría.

Dilara buscó en la expresión de su rostro un indicio que le delatara, pero lo único que vio en él fue preocupación. Acto seguido dejó de sonreír. Sam hablaba en serio.

—De acuerdo —dijo lentamente—. No bromeas. Pero estoy

confundida. ¿Qué has descubierto? ¿Quiénes son «ellos»? ¿Y qué tiene que ver con mi padre todo esto?

—Él lo encontró, Dilara —explicó Sam, bajando el tono de voz—. Mejor dicho, él la encontró.

Ella supo de inmediato a qué se refería Sam por el modo en que se lo dijo. El arca de Noé. La búsqueda a la que su padre había dedicado toda su vida. Negó con la cabeza, incrédula.

—Te refieres a la embarcación que... —La joven hizo una pausa. El hombre se había puesto lívido—. ¿Sam? ¿Seguro que te encuentras bien? Estás algo pálido.

Él se llevó la mano al pecho, y su rostro se contrajo en una mueca de dolor. Se dobló sobre la cintura y cayó al suelo.

—¡Dios mío! ¡Sam! —Dilara empujó la silla y se abalanzó sobre él. Lo ayudó a tumbarse y voceó a los adolescentes que tenían el teléfono móvil en la mano—. ¡Llamad a Urgencias! —Tras un instante de confundida parálisis, uno de ellos marcó el número.

—¡Vete, Dilara! —exclamó Watson con la voz rota.

—No hables, Sam —dijo ella, intentando guardar la compostura—. Es un ataque al corazón.

—No es un infarto... La mujer del bolso... El pañuelo estaba envenenado, un veneno de contacto...

«¿Veneno?» Ya estaba delirando.

—Sam...

—¡No! —dijo éste, queriendo alzar la voz—. Tienes que marcharte... o ellos también te matarán. Asesinaron a tu padre.

Ella lo miró asustada. Siempre fue su temor más profundo descubrir que su padre había muerto; nunca llegó a permitirse abandonar la esperanza de encontrarlo con vida. Pero... Sam lo sabía. ¡Sabía lo que le había sucedido a su padre! Por eso la había citado allí.

Despegó los labios para decir algo, pero él la asió del brazo.

—¡Presta atención! Tyler Locke, de Gordian Engineering. Obtén su ayuda. Él conoce a... Coleman. —Pronunciaba con gran

dificultad cada sílaba—. La investigación de tu padre... lo desató todo. Tienes que... encontrar el arca. —Empezó a delirar—. Hayden... Proyecto... Oasis... Alba... Génesis...

—Por favor, Sam. —Aquello no podía estar pasando. No en ese momento. No cuando por fin obtenía respuestas.

—Lo siento, Dilara.

—¿Quiénes son «ellos», Sam? —El anciano empezó a perder el conocimiento y le aferró los brazos como para retenerlo—. ¿Quién asesinó a mi padre?

Él movió los labios para pronunciar las palabras, pero ningún sonido salió de su boca. Aspiró de nuevo antes de quedarse totalmente inmóvil.

Hizo la maniobra de reanimación y siguió con la compresión del tórax hasta que llegaron los enfermeros de urgencias médicas y la apartaron. Dilara se quedó a un lado, llorando en silencio. Hicieron lo posible por reanimar a Sam, pero fue un esfuerzo inútil. Lo declararon muerto antes de poder subirlo en la ambulancia. La joven prestó declaración a la policía, e incluyó en ella las sorprendentes revelaciones que le había hecho antes de morir, pero ante un caso tan evidente de infarto la policía las desestimó sin prestarles mayor atención. Dilara recogió la mochila y caminó aturdida hacia el autobús que la llevaría hasta su vehículo, estacionado en el aparcamiento reservado a los coches que debían pasar allí una larga temporada. Sam Watson había sido un tío para ella, el único familiar que le quedaba con vida, y ahora se había quedado sola.

Sentada en el autobús, sus palabras no dejaron de resonarle en los oídos. No estaba segura de si eran los delirios de un anciano demente o la advertencia de un ser querido. Pero tan sólo se le ocurrió una manera de comprobar si había algo de cierto en su historia.

Tenía que encontrar a Tyler Locke.

2

Cuando su limusina Hummer se dirigía al jet privado azul y reluciente, estacionado en la terminal de ejecutivos del aeropuerto Bob Hope de Burbank, Rex Hayden tomó otro sorbo de Bloody Mary, en un esfuerzo por librarse de una vez por todas del intenso dolor de cabeza que le había causado la resaca. Había pasado toda la noche en vela, festejando el estreno de su nueva película, y en ese momento pagaba las consecuencias de las dos chicas y las tres botellas de Cristal. A pesar de las gafas de sol, la mañana era tan radiante que se vio obligado a entornar los ojos. Dio gracias a Dios por el hecho de que Burbank permitiese a las celebridades como él saltarse el puesto de control de pasajeros.

Sidney sería la primera escala en la gran gira asiática de promoción de su última película de suspense. Su reactor privado, un Boeing Business adaptado a sus necesidades, carecía de depósitos con capacidad suficiente para volar a Australia de un tirón, de modo que tendrían que desviarse un poco del trayecto para repostar en Honolulu. Claro que pasar tanto tiempo en el reactor no era ningún sacrificio. Había adquirido aquel 737 modificado porque era el vehículo más lujoso dotado de alas: dormitorio privado, cocina completa, acabados en oro, espacio suficiente para cuando lo acompañaban los amigos, y dos guapísimas auxiliares de vuelo que él mismo había escogido. El avión era un hotel volante que le había costado cincuenta millones de dólares. ¿Y qué? Se lo merecía. A sus treinta años era uno de los actores más cotizados del planeta. Su última película había recaudado más de mil millones de dólares en todo el mundo.

Hayden apuró la bebida y salió trastabillando de la limusina

seguido por su séquito. Billy y J-man hablaban por los teléfonos móviles, y Fitz se encargaba del equipaje. Otros tres coches aparcaron cerca con el resto de las personas que le gestionaban la carrera: su agente, el representante, el encargado de las relaciones públicas, su entrenador personal, la nutricionista y una docena más de miembros de su equipo. Trasladarse con un grupo tan numeroso hacía que ese avión fuese necesario, y lo mejor de todo era que su contrato estipulaba que el estudio le reembolsara los costes que acarrease el viaje.

—¿Qué maletas quieres llevar contigo en el avión, Rex? —preguntó Fitz—. ¿O quieres que las guarde todas en el compartimento de equipajes?

En ese momento, lo que menos necesitaba Hayden eran las absurdas preguntas de Fitz. La resaca amenazaba con provocarle vómitos. No podía permitirse el lujo de vomitar ahí en el asfalto, no en presencia de todos. Necesitaba una buena dosis de caféina.

—Maldita sea, Fitz, ¿para qué te pago? —protestó—. Puede que mi hermano tuviera razón sobre ti. Estoy harto de ser yo quien tome todas tus decisiones. Que lo suban todo a la bodega y listos.

Fitz se apresuró a asentir, y Hayden vio el temor dibujado en su rostro. Estupendo. Posiblemente la próxima vez le echase un par de huevos y cumpliera con su deber.

—Muy bien, ya le has oído —dijo Fitz al conductor—. Y asegúrate de que embarquen todos los bultos. Si falta uno, acabarás conduciendo un coche fúnebre.

—Sí, señor —respondió, amedrentado, el chófer, que se dispuso a acercar la limusina hasta el vehículo de carga.

Hayden subió la escalera y ordenó a Mandy, una de las auxiliares de vuelo, que le preparase un café. Billy, J-man y Fitz se sentaron cerca en silencio, mientras que el resto de los pasajeros tomaba asiento en la parte delantera del avión. Hayden cayó pesadamente en uno de los asientos reclinables forrado de piel de cordero, y vio alejarse a la limusina. Presionó el botón que lo ponía en contacto con el personal de cabina.

—Vámonos, George.

—*Aloha*, señor Hayden —saludó el piloto—. ¿Con ganas de llegar a las islas?

—No pienso desembarcar en Honolulu —respondió—, así que cierra el pico. Salgamos de aquí cagando leches.

—Sí, señor.

Mandy cerró la puerta. Los motores del reactor cobraron potencia, y el 737 echó a rodar en dirección a la pista.

La cafeína bastó para espabilarlo, y el dolor de cabeza de Hayden aflojó la presión. Dado que se sentía mucho mejor, contempló a Mandy. Sabía cómo iba a utilizar el dormitorio privado durante las siguientes quince horas.

Una vez abandonada la terminal, Dan Cutter frenó la limusina Hummer en el lateral de Sherman Way y arrojó la gorra de chófer en el asiento del pasajero. Salió del vehículo y abrió el capó para fingir que tenía problemas con el motor. Luego se sentó en el asiento del conductor y encendió el escáner de frecuencias para escuchar las comunicaciones de la torre de control con el 737 que embocaba la pista de despegue.

Introducir la bolsa en el artefacto había resultado más sencillo de lo que esperaba. Cutter sabía que Crestwood Limos era la compañía de limusinas preferida de Hayden, de modo que bastó con llamar para anular la reserva y presentarse él en su lugar.

Conocía bien a esas celebridades. No prestaban la menor atención al personal de servicio, ni siquiera preguntaban nombres. Se limitaron a dar por sentado que él era el chófer asignado y que todas las bolsas embarcarían sin problemas en el avión, así que ni siquiera lo vieron introducir un bulto adicional. Cuando ese enano llamado Fitz lo amenazó, a Cutter le cruzó un instante por la cabeza la idea de romperle el cuello, sólo para demostrarle lo poco importante que era en realidad. Pero entonces recordó su cometido. La visión del líder fiel. Todo en lo que habían trabajado a lo largo

de los últimos tres años. Introducir la bolsa en el avión era mucho más importante.

Fue Cutter quien sugirió poner a prueba el artefacto en el avión de Hayden. Un vuelo de larga distancia sobre el océano era precisamente lo que más les convenía. Los restos se encontrarían a tres millas de profundidad, por tanto salvamento sería incapaz de recuperarlos por mucho que lograsen localizar su paradero. Además acabarían con Hayden, que desde hacía meses se había convertido en un grano en el trasero para la causa. La prensa se volvería loca cuando el avión privado de una de las estrellas del cine más famosas del mundo desapareciera en el océano, lo cual constituiría la distracción perfecta.

Embarcar el artefacto en un avión comercial para ponerlo a prueba habría supuesto un riesgo mayor. Tras facturarlos no habría podido acceder a él de ningún modo, y durante ese tiempo podrían haberse torcido muchas cosas. Podrían haberlo descubierto, y también podrían haberlo olvidado por cualquier motivo, o haberlo embarcado en otro vuelo. Por no mencionar que quienquiera que hubiese facturado la bolsa habría tenido que subirse al avión: por razones de seguridad, las aerolíneas descargaban los bultos del aparato cuando el pasajero no iba a bordo. En el caso de Hayden, Cutter se había asegurado personalmente de que el bulto era introducido en la bodega, y ahora podía observar cómo el avión despegaba de la pista, mientras él permanecía en tierra. A salvo.

La torre dio permiso para que el 737 de Hayden encarase la pista. Justo a tiempo, tal como Cutter sabía. De no haber sido así, Hayden se habría puesto hecho una furia. Era propio de tipos como él pensar que el mundo giraba a su alrededor.

Había llegado la hora. Abrió la tapa del teléfono móvil y consultó la agenda hasta encontrar la entrada que había programado bajo el epígrafe «Nuevo Mundo». Presionó el botón verde de llamada. Al cabo de tres tonos, respondió el otro teléfono con un chasquido metálico. Una serie de pitidos cortos demostraron que el artefacto guardado en la bodega de carga del reactor de Hayden

estaba activado. Plegó el teléfono móvil y lo devolvió al interior del bolsillo.

El 737 se detuvo en la cabecera de la pista. En el escáner de frecuencias, Cutter escuchó que la torre de control daba permiso al reactor para iniciar el despegue.

—Vuelo November tres cuatro ocho zulu, aquí torre de control de Burbank. Manténgase a la espera de instrucciones.

—Recibido, torre de control. ¿Hay algún problema?

—Hay una fuga de combustible en la pista debida a la pérdida de un vehículo.

—¿Cuánto tardaremos? Al jefe no va a gustarle nada tener que esperar.

—Aún no lo sabemos.

—¿Vuelvo a la zona de estacionamiento?

—Aún no. Le mantendré informado.

—Recibido.

Cutter contempló incrédulo, horrorizado, el 737, maldiciéndose por haber activado el artefacto antes de que el reactor recibiese permiso para despegar. Un retraso considerable supondría un desastre. El tiempo atmosférico era perfecto, de modo que no había previsto ninguna demora. Activado el artefacto, no había modo alguno de desactivarlo. Ya estaba en funcionamiento. Si el avión regresaba a la zona de estacionamiento, tendría que buscar el modo de recuperarlo. Eso sería muy problemático, por no mencionar el peligro que entrañaba. Era demasiado mortífero para andar trajinando de un lado para otro con él. Con el avión detenido en la cabecera de la pista se sintió atado de manos. Así que hizo lo único que podía hacer: rezar.

Se recostó en el volante y cerró con fuerza los ojos, las manos juntas, rezando con toda el alma por el buen cumplimiento de su misión. Dios no lo abandonaría. Su fe se impondría.

Cutter había sabido toda la vida que estaba destinado a servir a un propósito elevado y que estaba dispuesto a dar la vida para alcanzarlo, igual que lo estaban todos sus hermanos. Al abandonar

el ejército, gracias al cual adquirió todas las habilidades necesarias para ejecutar el plan de Dios, comprendió de qué elevado propósito se trataba, y a él se entregó sin reservas. Los actos que había llevado a cabo para asegurar un futuro mejor podían considerarse atroces por quienes carecían de fe, pero su alma era pura. El objetivo final era lo único que importaba.

Pero ese objetivo corría peligro, a Cutter no le cupo duda. No obstante, era un creyente fiel, y sus plegarias serían escuchadas.

Al cabo de cuarenta minutos de espera se produjo el milagro. La radio cobró vida.

—Vuelo November tres cuatro ocho zulú, aquí torre de control de Burbank. Hemos retirado el combustible de la pista. Tiene permiso para despegar.

—Gracias, torre. Acabáis de salvarme el puesto de trabajo.

—Es un placer, George. Espero que disfruten de Sidney.

Al cabo de dos minutos, el reactor recorrió la pista entre los rugidos de los motores. Mientras observaba al 737 alzar el vuelo sobre las montañas y efectuar un viraje a poniente, Cutter bajó del vehículo para cerrar el capó y luego regresó al interior de la limusina. Por primera vez en todo el día esbozó una sonrisa.

Dios estaba de su parte.